

Río subterráneo

La geografía de mi hermano

Claudia Guillén

Normalmente los escritores merodean los mismos espacios o personajes para desgajarlos, poco a poco, casi de manera imperceptible y de esta forma mostrarlos desde los más recónditos puntos de vista, en cada uno de los relatos que llevan a cabo. Existen varios ejemplos que han poblado las páginas de célebres obras literarias. Un autor como Rafael Pérez Gay, por ejemplo, ha consolidado su oficio como escritor al lograr notables piezas tanto en la crónica como en el cuento y la novela.

Quienes nos hemos acercado a la narrativa de Pérez Gay sabemos que en sus libros encontraremos un constante eje temático: la memoria de la Ciudad de México a través de sus escenarios. Y con la reciente aparición de *El cerebro de mi hermano* retoma el ejercicio de hurgar en la fisonomía de esta gran urbe para dotarla de ciertas características, que parecieran repercutir en los personajes como una fuente natural de las catástrofes humanas. La ciudad, pues, decae como sus habitantes. Pepe, el hermano del narrador que en este caso es el mismo Rafael Pérez Gay, durante años fue presa de una enfermedad cruel que lo fue disminuyendo hasta dejarlo en una situación de total fragilidad. Si bien la experiencia de esos años de diagnósticos fallidos y continuas visitas a los médicos es parte de la trama de esta crónica, de igual forma es cierto que el también autor de *Nos acompañan los muertos* toma a la memoria de las viejas batallas que se daban entre aquellos hermanos al relatar la gran pasión por la literatura, de ambos, y que los unió hasta el último momento. Es decir, esta pasión se transformó en una suerte de puente sólido que dejó a un lado los trece años de edad que separaban el nacimiento de uno y otro.



Pepe fue el primogénito de una familia compuesta por cinco hermanos. Esta familia aprendió a salvar sus diferencias pues lo que ocurría cotidianamente en casa era semejante a vivir en un espacio donde cada uno tendría que blindarse para esperar la “aventura” del día siguiente.

Es cierto que la familia Pérez Gay Abreu era un poco atípica y, quizá, peculiar. Los hombres que la integraban parecían personajes sacados de algún relato de humor y melodrama. El padre, don Pepe, vivía en un mundo alterno como si el pasado fuera su único asidero. Era terminante en tanto a la decisión de hacer una cita con el dentista; sin embargo, recurría a ciertos engaños para quitarse la presión familiar: se ponía botones blancos en donde faltaban los dientes para simular y ratificar, por qué no decirlo, que no necesitaba de un dentista para que su dentadura se mostrara completa y blanca. Por su parte, Pepe, el primogénito, entabló una constante pugna con su padre, y que los llevaba a escenificar plei-

tos dignos de cualquier novela rusa. La madre se presenta como la eterna mediadora entre padre e hijo, según nos comparte el narrador, quien, desde el lugar que ocupa el hermano menor, observaba aquellas escenas para que, más adelante, se integraran en su imaginario y rescatarlas de la forma más entrañable, echando mano de un gran sentido del humor —otra de las constantes en la literatura de Pérez Gay—, quitándole peso al legítimo reclamo con ese pasado que experimentaron mientras avanzaba la enfermedad que causaría la muerte de Pepe.

Conforme el relato avanza reconocemos algunas rutinas totalmente desaparecidas en la cotidianidad de aquellos años setenta: en el aeropuerto de la Ciudad de México se podía ver cómo los viajeros subían por una escalinata al avión y se despedían con un movimiento de mano. Páginas más adelante, reconocemos al doctor José María Pérez Gay como el gran divulgador de Musil, Broch, Kafka, Kraus, Canetti, Benjamin, entre otros. Pues sabemos que en las penúltimas décadas del xx, estos autores notables en la literatura occidental no habían sido traducidos al español. Entonces el doctor Pérez Gay se dio a la tarea de traducirlos a nuestra lengua como una prueba más de su gran pasión por estos pensadores y por la literatura.

Temas muy variados se entrecruzan en la crónica de *El cerebro de mi hermano*; sin embargo, se dan paso sin estorbarse para recrear la geografía del hermano mayor. Y gracias a la gran eficacia de la narración podemos remitirnos a una corriente de conciencia en donde la memoria del narrador se torna en un ejercicio literario ejemplar. **U**

Rafael Pérez Gay, *El cerebro de mi hermano*, Seix Barral, México, 2013, 141 pp.